

# Educar para la tolerancia y la paz

ELOY TERRON (\*)

La amenaza de guerra termonuclear es tan terrible, tan generalizada, que nos afecta a todos los humanos, y viene prolongándose tanto en el tiempo, que no se ve salida ni final, que, para luchar contra esa amenaza, nos vemos obligados a utilizar todos los recursos y entre ellos la educación de los niños, aunque es esta una acción de resultados muy lentos. Tenemos que utilizar la educación en cuanto proceso socializador, aunque no nos agrada, por dos grandes motivos: 1.º, para crear, lo más temprano posible un reflejo psíquico entre la guerra y, en especial, contra esta guerra de total exterminio que nos amenaza; y, 2.º, para paliar el clima de violencia generalizado por la amenaza de las armas termonucleares absolutas, clima que es fomentado por los poderes (políticos, económicos y culturales) de las sociedades capitalistas en esta etapa de sobremadurez.

No se debe olvidar que la brutal y criminal carrera de armamentos, termonucleares, químicos, biológicos, y los convencionales están provocando ya gravísimas consecuencias. En primer lugar, ha venido fomentando y reforzando la división del mundo en dos bloques irreconciliables e incoherentes, el capitalista y el socialista; la existencia de los bloques genera tensiones políticas entre Estados que frecuentemente desembocan en guerras «pequeñas» (porque las grandes corren el riesgo de convertirse en exterminadoras), pero también tensiones gravísimas a nivel de las clases sociales de cada país, de manera que cambios de gobierno o de régimen, asunto privativo de un país, se convierten en conflictos que ponen en peligro la paz mundial, por ejemplo, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Granada, antes Vietnam, Laos, Camboya, Irán, etc., porque el derrumbamiento de una oligarquía criminal puede llevar al país a cambiar de «bloque» y esto no está permitido.

En segundo lugar, la tensión entre los bloques está empujando a todos los Estados (grandes y pequeños) a una loca carrera de armamentos que absorbe buena parte de sus recursos económicos, con el agravante de que, dada la furia innovadora (e interesada) de los laboratorios de los grandes monopolios norteamericanos, son cada día más sofisticados y muchísimo más caros ¿quién pone precio a los nuevos aviones de guerra, tanques, cañones dirigidos electrónicamente, misiles, etcétera? Les ponen precio los propios fabricantes, y este es el gran descubrimiento del capitalismo supermaduro: producir mercancías que se «venden» al margen de los circuitos comerciales. Ahora bien, la gran mayoría de los países son incapaces de producir las armas hoy de «moda» y han de recurrir a la importación de unos pocos países, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania Federal, Francia, y paremos de contar. Los recursos dedicados a rearmarse tienen que ser detraídos de la actividad económica (de la producción y del consumo), por lo que crean paro y escasez, empobrecen más y más a las masas trabajadoras: la carrera de armamentos empieza a cobrarse ya víctimas sin necesidad de ser empleadas las armas. ¿Cuántos puestos de trabajo se podrían crear con un F 18? ¿Cuántas escuelas y hospitales se podrían construir? El rearme está creando ya, en todos los países paro, hambre y miseria para las clases trabajadoras.

En tercer lugar, la lucha «pacífica» entre los dos bloques está adquiriendo formas cada vez más agresivas a nivel cultural; refiriéndonos solamente a lo que conocemos bien y sufrimos con gratitud, los contenidos de las «mercancías culturales» norteamericanas son cada día más ideológicas, más eficaces por su atractivo y fascinación, y por esto mismo más disolventes y más agresivos. Todo el aparato de exportación cultural norteamericano (y, el

de algunos países aliados suyos) nos inunda y atosiga con unas mercancías, planeadas para la «conquista de las mentes» (antes se diría de las almas) que han sido planeadas por los estrategas de la Ps. W (guerra psicológica). Estas mercancías están destinadas a generar violencia, desorganización y neurosis sobre toda la población, en especial sobre los niños. Nunca como ahora se ha propagado tanto la violencia, el horror, la desintegración mental, el terror y el miedo a través del cine, telefilms, comics, tebeos, novelas, incluso, de la música, de los bailes, de los vestidos, etc.

Lo más grave es que los recursos empleados para fomentar la atmósfera de violencia en que estamos inmersos y respiramos son tan ingentes y tan diabólicamente fascinantes que parece que es inútil toda resistencia y que es preferible entregarse y dormirse bajo los efectos soporíferos de la droga (porque también las drogas forman parte del aparato dominador). Pero nosotros no podemos rendirnos, no podemos dejarnos adormecer, no podemos dejar colonizar nuestras mentes, porque tenemos que mantenernos alerta, vigilantes debido a que tenemos que velar por el desarrollo de otras mentes completamente indefensas y propicias a su desorganización. Nosotros tenemos la obligación de defender a los niños que nos han confiado para su formación intelectual, en la sana convivencia, inmunizados contra los terrores, la agresividad insidiosa, y la desintegración fascinante. Tenemos que educar a los niños, en el respeto a la vida, que tan penosamente alumbró nuestro planeta, en el respeto al hombre que tras milenios de brutalidades, de miserias, de angustiosos terrores está empezando a vivir -en algunos países- libres del hambre, de todas las miserias e indignidades, y encarando el futuro con unas mínimas esperanzas. Hay que enseñarles que el respeto al hombre es la fuente de felicidad y el principio de toda moral.

(\*) Eloy Terrón es sociólogo y profesor de la Facultad de Ciencias de la Información.